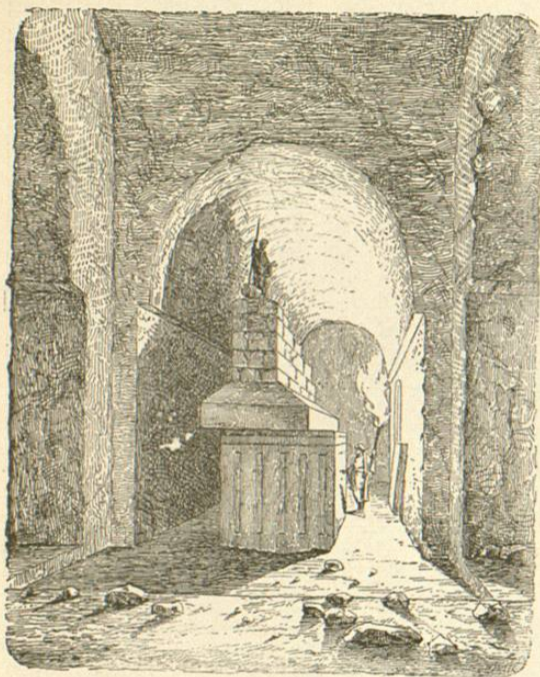


clara luz de la ciencia moderna ve las altas cimas del Líbano cubiertas de nieves perpetuas y de sus ventisqueros salir copiosas corrientes de agua; en el Haurán, las montañas que se agitan al impulso de los fuegos subterráneos, y la llanura azotada por una tempestad interior que se levanta como un mar borrascoso; finalmente, en una línea de 800 leguas, desde el Bab-el Mandeb hasta las fuentes del Jordán, la tierra desgarrándose, y al sur de la inmensa hendedura (1) el océano Indico precipitándose entre el África y el Asia, mientras las aguas del Norte detenidas por una prominencia del suelo se acumulan en la sima del lago Asfalto, la depresión más profunda de los tres continentes. Aun no se había escrito esta terrible página de la historia de la tierra, ni Adriano, en aquellos mismos lugares, oía hablar de otra cosa que de algunas ciudades miserables, destruidas por la cólera del cielo. La leyenda, como suele suceder, era menos grande que la historia.

Desde la punta meridional del mar Muerto se trasladó Adriano al *Wadi-el Arabah*, «el río sin agua», que se extiende hasta el golfo Elanítico. Después de una marcha de



Cámara sepulcral de un Apis en el Serapeum, según Mariette

treinta horas, llegó á las inmediaciones del monte Hor, cuya cima, según una tradición bíblica que los musulmanes han conservado, guarda el sepulcro de Aarón, y por una estrecha garganta, adonde jamás entra el sol, pasó á la capital de los nabateos.

(1) Los antiguos llamaban ya *Stria Honda* á la parte setentrional del vasto surco que se extiende del Líbano al mar Rojo. La parte media ha recibido de los árabes el nombre de *El-Ghor*, el valle hondo, y el mar Muerto que poco más ó menos tiene la superficie del lago de Ginebra, marca su punto más bajo, 393 metros bajo el nivel del Mediterráneo, según la más reciente exploración (V. Lartet, *Geología de la Palestina*, p. 16, 35 y 236). La evaporación en extremo rápida, en el fondo de la sima, arrebata en 24 horas una capa de agua de 13 milímetros. Así el Jordán, que en la época de las crecidas mete en ella seis millones de metros cúbicos diarios, no puede levantar su nivel. Sin embargo, las montañas que rodean este mar tienen señales de un nivel muy superior, sin duda en la época en que el Líbano tenía ventisqueros. Según el mismo geólogo, el nivel del lago de Tiberíades está á 212 metros por debajo de la superficie del Mediterráneo, pero en los flancos de las colinas que lo rodean se ve el chinarro á una altura que prueba que el lago tenía en otro tiempo el mismo nivel que el Mediterráneo.

Desde el tiempo de Estrabón, había en Petra muchos romanos que habían ido á establecerse á aquel pueblo en cuyas manos se encontraba en parte el comercio del bajo Eufrates y de la India con Egipto. Aun se ven allí dispersos los restos de una vía romana que ligaba la Palestina á esta ciudad, y uno de sus monumentos recuerda una elegante pintura de Pompeya. Algunos deben datar del paso de Adriano, porque en señal de interesada gratitud, hubo de tomar Petra el nombre de este príncipe y comenzó en él la serie de sus monedas imperiales.

En la Palestina dió Adriano mayor impulso á los trabajos de la colonia romana y de los templos que había fundado en Jerusalén, lo que hará estallar muy en breve una formidable insurrección.

Entró en Egipto por Pelusio (Damieta), donde honró la memoria de Pompeyo levantando un monumento funerario al hombre ilustre que había tenido templos, y no tenía sin embargo un sepulcro. En otro tiempo todo el valle del Nilo había estado en grande agitación. Apis se había manifestado después de muchos años de ausencia. El extraño dios no era fácil de encontrar, porque sus adoradores querían que probara su divinidad, dejando ver en su frente una señal blanca en forma de media luna, en su espalda la figura de un águila y debajo de la lengua la imagen de un escarabajo; exigencias á que no podía satisfacer sin asistencia sacerdotal y mucha credulidad popular.

Había otras condiciones de orden sobrenatural, que eran de más difícil verificación: Apis debía haber nacido de una becerria virgen, fecundada por un relámpago descendido del cielo. Gracias á estas maravillas era adorado el dios en todo el Egipto: las ciudades se habían disputado su guarda á mano armada, y Alejandría misma, la ciudad griega, había pretendido este honor.

Adriano estaba en la Galia en el momento de estos desórdenes, y evitó discretamente mezclar en este asunto la autoridad imperial, dejando que se arreglaran entre sí los interesados. Cuando llegó, se había restablecido la calma hacía mucho tiempo; el dios estaba encerrado en su templo y los operarios se ocupaban en labrar su sepulcro que un francés ha encontrado en el *Serapeum* bajo la colina de Sakkara (2).

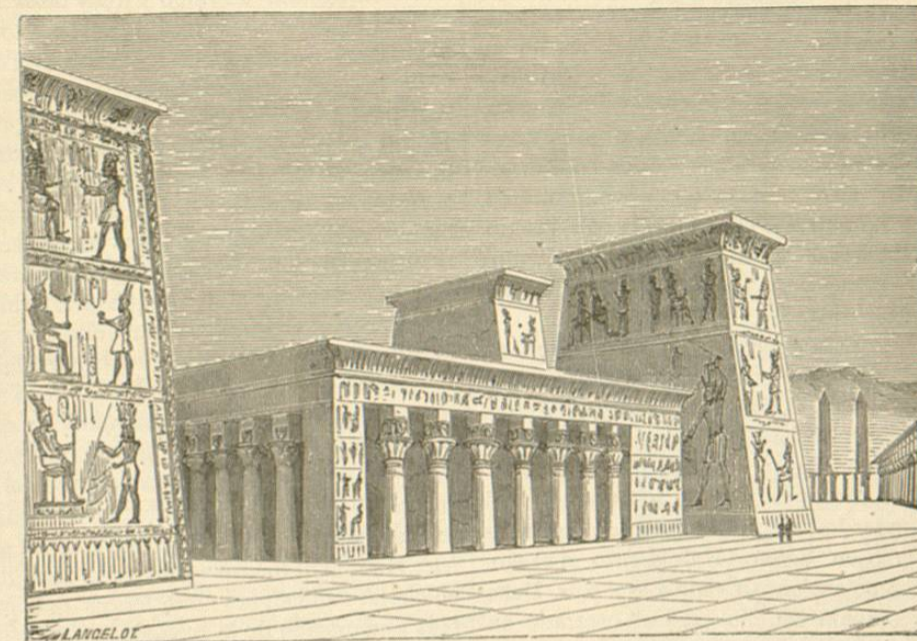
El Egipto hubo de agrandar un poco al imperial curioso. Había perdido su fuerte vida religiosa y nacional; el arte mismo había llegado allí al último grado de decadencia, como lo atestigua el pequeño templo levantado por Nerva, cerca de las cataratas de Siene. Una imagen de *Hathor*, que data del tiempo de Adriano, no es griega ni egipcia, ni tiene la gracia de las estatuas de la Jonia ni la majestad imponente de las obras faraónicas. Sin embargo, como las momias de sus sacerdotes, con su máscara de oro, el Egipto brillaba con el extraño esplendor de las glorias del pasado y de la riqueza del presente. Ninguna invasión había violado sus templos, ni destruído los monumentos de sus reyes: los Tolomeos habían añadido las obras del arte griego á las de los Faraones, y era el centro de un inmenso comercio, el foco de una actividad ruidosa. Los espíritus trabajaban allí como los brazos; todos los géneros del Oriente pasaban por Alejandría; todas las ideas filosóficas y religiosas del mundo iban á resonar allí.

Este ruido fatigó al príncipe, á quien encantaba la dulce serenidad de la vida ateniense, inspirándose en medio de aquellas obras maestras del arte y del pensamiento, que

(2) M. Mariette. Lo descubrió con muchos otros, incluso el del último Apis. La revolución religiosa que mató al dios, hizo dejar su sepulcro, monolito de 60,000 kilogramos de peso, á la mitad del camino de la *cella* que debía recibirlo.

con su sola belleza elevaban blandamente el espíritu á las esferas superiores. Alejandría, horno encendido en que rodaba todo y todo se mezclaba, escorias informes y metal precioso, hacía recordar con pena al príncipe los apacibles templos de la Grecia (*templa serena*), donde el sabio miraba tranquilamente el mundo (1).

Otro crimen á los ojos del príncipe artista: Alejandría era fea. Tristemente asentada en una playa desolada entre un lago salado y la mar en el punto en que el desierto acaba, Alejandría no tenía la gracia de las ciudades griegas, donde la naturaleza entraba siempre á medias en la grandeza de las obras del hombre, ni el encanto de las ciudades de Oriente, que son á veces, como el Cairo hoy, incomparables jirones. Destruída en parte, durante la grande insurrección judía, de los últimos tiempos de Trajano, sin duda no había levantado aun todas sus ruinas, aunque



Restauración del templo de Filoe, junto á las cataratas de Siene

Los emperadores habían conservado un funcionario á quien los Tolomeos encargaban moderar toda exuberancia, el *epistológrafo*, especie de ministro de cultos y de letras. Así, Timón llamaba al Museo «la jaula de las Musas», dando á entender que los pájaros de mérito criados en aquella imperial pajarera no tenían libertad para cantar en todos los tonos. Esta literatura, en efecto, y sus filosofías eran muy inofensivas. Las sutilezas de la gramática hacían el gasto, sobre todo; se discutían los textos antiguos, no la autoridad del príncipe; se disertaba sobre las entidades metafísicas, pero no sobre el mejor de los gobiernos; se vivía en los tiempos mitológicos, mucho más que en la época actual, y los más audaces limitaban su atrevimiento á procurar salvar el paganismo explicándolo con alegorías. La magia, la teosofía, tenían allí su foco; el nosticismo florecía; las doctrinas eran como esos ríos de orillas inciertas que se extienden á lo lejos y confunden sus aguas cenagosas.

Menos aun debió complacerse Adriano en Menfis, porque los reyes griegos no habían respetado la capital de los Faraones, y de mucho tiempo atrás servían sus palacios

(1) V. el *Nigrinus* de Luciano, cuadro de la vida ateniense, y en Aulo Gelio (XVII, 8) la sencillez de costumbres que reinaba en ellas. El filósofo Tauro regalaba por la tarde á sus discípulos un plato de lentejas y algunas ruedas de cohombro.

Adriano hubiera tomado parte en el gasto; y la gran calle de Canope, á pesar ó á causa de su regularidad, el palacio de los reyes, con su inmensa extensión, el Faro, que sólo tenía belleza para los navegantes, no bastaban para despertar una admiración habituada á las maravillas del arte griego.

El amigo de los filósofos se complació desde luego en visitar la biblioteca y el Museo, y en departir con los sabios atraídos por aquellas famosas escuelas. Propúsoles cuestiones y las discutió con ellos; pero no encontrándoles más que una ciencia confusa y vana, preparó la ruina de la vieja institución, creando beneficios con el equivalente de la pensión egipcia, en favor de los ausentes, mientras había dotado las escuelas de Atenas y del Asia Menor con cátedras que mantenían en ellas la vida.

No es que lo inquietara la libertad que allí se gozaba.

para edificar los de Alejandría. «Viendo en otro tiempo, en el emplazamiento de esta ciudad algunos montones de ladrillos descompuestos y un bosque de palmeras meciendo su elegante copa por encima de los solares en que se levantaban los palacios de sus reyes, me preguntaba si Menfis había empleado nunca para los edificios particulares otra cosa que ladrillos cocidos al sol.» Aquel pueblo habitaba como ahora casas de barro, pero construía para la posteridad sus templos y sepulcros (2). No parece que Adriano se sintiera muy profundamente impresionado de la majestad sombría y religiosa de los grandes edificios del alto Egipto. En su *villa* de Tibur, donde quiso tener una representación de los más bellos monumentos que hubiera visto en sus viajes, apenas aparece un recuerdo de Egipto, el Cánope, larga cuenca destinada á juegos náuticos, y que no tenía de egipcio más que un pequeño templo de Serapis edificado á su extremo y algunas estatuas traídas de las orillas del Nilo ó copiadas de las de los Faraones.

Mientras Adriano remontaba este río, Antinó se ahogó en él por accidente, ó inmolándose por su amo, habiendo

(2) Algunos sepulcros de Menfis subsisten en Sakkara; pero los templos han desaparecido. En tiempo de Estrabón, Menfis estaba ya en decadencia, y se sacaba de ella como de una cantera. Nos quedan monedas conmemorativas del viaje de Adriano.

declarado un dios necesario este sacrificio para la salvación del emperador. Si la última versión es cierta, este dios quería costumbres honestas; el afecto de Adriano era un escándalo y su dolor fué vergonzoso. Hizo de Antinóo un dios, cuya imagen se levantó en las ciudades de Asia, y la divinidad homicida dió oráculos que el príncipe se com-



Sabina



El Faro

(Moneda de Alejandría) (1)

placía en componer; sátira del paganismo más sangrienta que la de Luciano, que sin embargo, hará muy pronto tan ruda guerra á los dioses. Es de notar que este culto de la



Moneda de Adriano (2)

belleza masculina pertenece exclusivamente al Oriente helénico. Si en Roma y en sus cercanías se han encontrado muchos bustos y estatuas de Antinóo, no tenemos más que una sola inscripción latina en su honor, y ninguna moneda de fabricación romana lleva su nombre. Esta apoteosis del vicio griego, algunas bellas estatuas del nuevo dios, que sirvieron para renovar los tipos de Baco y de Apolo, inscripciones sobre el coloso de Memnón y la fundación de Antinópolis que una vía provista de aguadas, de estaciones y puntos fortificados unía á los puertos del mar Rojo (3), son todos los recuerdos que nos quedan de la estancia de Adriano en Egipto. Habría otro, si el mosaico de Palestrina representara su viaje á este país. Debe renunciarse á esta opinión (4). Yo creo al contrario en la autenticidad de la carta del príncipe á Serviano. Su estilo no es ciertamente imperial; pero Adriano era amigo de reír y de burlarse de la gente:

«Carísimo Serviano; conozco bien ese Egipto, cuyo elogio me hacías, ese pueblo inconstante y ligero que al menor ruido se agita y corre, esa raza sediciosa, insolente y vana. Su capital es rica; todo abunda en ella y nadie está allí ocioso. Unos soplan el vidrio; otros fabrican el papel ó

(1) En el anverso, la emperatriz Sabina: CABINA CEBACHTH; en el reverso, L. ENNEA KA. El Faro dominado por una figura en pie, situada entre dos tritones. Moneda de bronce.

(2) Conmemorativa del viaje de este príncipe á Egipto. Bronce acuñado en Alejandría.

(3) Esta vía llamada *Adriana*, que iba de Antinópolis á Myos Hormos por en medio del desierto, y luego á lo largo de la costa hasta Berenice, se acabó en 137, según una inscripción encontrada por M. Mariette y explicada por Miller (*Rev. arqueol.* de 1870, p. 313). En Djebel-Dokhan, donde se encuentran las célebres canteras de pórfido y granito rojo en un valle inhabitable hoy, se ven las ruinas de una ciudad fortificada y de un templo comenzado, no concluido, que tiene una inscripción griega del tiempo de Adriano (*Letron. Inscr. d' Egypte*, I, 148).

(4) Esta tesis del abate Barthelemy (*Mem. de l'Acad. des inscr.* t. XXX, p. 503) refutada por Winckelmann (*Hist. del Arte*, I, VI, cap. V, § 14) está abandonada y al parecer con razón. Véase Maspero, *Bibliot. de la Escuela de altos estudios*, tom. XXXV, p. 50. Pero nada prueba que el viaje de Adriano á Egipto no hubiera puesto en moda la reproducción de escenas egipcias, tomadas sin elección de los monumentos egipcios por algún viajero artista, ó imaginados y agrupados por él, para dar una idea del extraño país en que Adriano había permanecido algún tiempo.

tejen el lino: cada cual tiene su oficio y á él se aplican hasta los gotosos, hasta los ciegos. El dios de todos, cristianos, judíos y los demás, es el lucro. También necesitaría otras costumbres esa ciudad, que por su grandeza merece el primer lugar en Egipto. Por ella he hecho todo cuanto apeteció: le devolví sus antiguos privilegios y le di otros nuevos. Cuando estaba yo presente, todo era acciones de gracias; pero apenas volví la espalda, cuando ultrajaron á mi hijo Vero y tú sabes todo lo que han dicho de Antinóo.»

Esta carta es de un artista á quien aburre el ruido de los talleres, ó de un príncipe á quien no gusta la libertad de la palabra: probablemente los dos á la vez. En todo caso, parece que Adriano solo echó de ver en Egipto la turbulencia de los alejandrinos; pero retendremos en honor de su memoria que insultado por gentes de Antioquía y escarnecido por las de Alejandría, se limitó á contestar á los unos retirándoles un título y á los otros dejando de ellos un retrato, cuya semejanza atestiguan todos los testimonios. Teodosio será menos paciente en Tesalónica.

La emperatriz Sabina, que parece haber acompañado á Adriano en muchos de sus viajes, lo siguió ciertamente á Egipto, y remontó el Nilo, á lo menos hasta Tebas, para ver la estatua de Memnón, aquel hijo de la Aurora que todas las mañanas saludaba la aparición de su madre con un melodioso ruido. Sabemos por una escritorzuela del tiempo, la poetisa Balbilla, que el dios, mal cortesano, pareció al principio no sentir el honor que se le había hecho y le importó poco el enojo de la emperatriz; y Sabina tuvo que hacerle dos visitas para que se dignara contestarle.

La ciencia, brutal con los dioses, mató al hijo de la Aurora, reemplazando la graciosa mitología con un fenómeno enteramente físico: el ruido resultaba del movimiento vibratorio que causaban los primeros rayos del sol desalojando enérgicamente la humedad de que se había impregnado la roca durante la noche. Se produce en los granitos de Karnac; Humboldt lo oyó en los de la América meridional, y en ciertas condiciones atmosféricas que provocan una rápida evaporación de la humedad puede oírse donde quiera, á orillas del océano, ó á la proximidad de los grandes bosques, ese ruido singular que los campesinos llaman el *canto del bosque*.

Hemos llegado al término de estos largos viajes sin haber podido precisar rigurosamente el orden ni la fecha;



Antinóo deificado (5)



Cabeza de Antinóo, en un medallón de bronce acuñado en Esmirna

pero lo que importaba mostrar, sobre todo, era su carácter, y este carácter se marca con los hechos que hemos recogido.

Ahora tenemos el derecho de decir que la solicitud de Adriano, sus reformas, sus construcciones, sus larguezas, se extendieron á todo el imperio, pues tenemos monedas que prueban su paso por las veinticinco provincias y sus

(5) Moneda con una leyenda griega, que significa: *Hostilius Marcellus*, el sacerdote de Antinóo.

beneficios en doce de ellas (1): *Restitutori orbis terrarum*.

Los cargos que aceptó en muchas ciudades tienen la misma significación de condescendencia para los súbditos. Así, fué pretor de Etruria, dictador, edil y duunviro en ciudades italianas, demarca en Nápoles, arconte en Atenas, quinquenal en Itálica y en Adria.

Se dirá que estos cargos no eran más que títulos honoríficos conferidos por la lisonja; bien lo veo, aunque el príncipe los ejerciera por medio de un representante; en todo caso, no se hubiera pensado en ofrecerlos á un emperador para quien todo el imperio hubiera estado comprendido en el recinto de Roma.

El régimen municipal le debe también una mejora, que hemos conservado: el derecho para los ciudadanos de recibir directamente, y no ya por fideicomisos, como en tiempo de Trajano, legados y donaciones. Era abrirles, dadas las costumbres romanas, una abundante fuente de recursos.

El año 134 volvió Adriano á Italia y no salió ya más de ella. No hay para qué decir que Roma y la península se aprovecharon, como las ciudades provinciales, de su afición á las construcciones (2). Reparó multitud de edificios sin borrar el nombre de sus fundadores, lo que para los romanos era el colmo de la modestia; levantó un templo á Trajano, otro á Venus y á Roma, cuyo arquitecto fué él mismo; se construyó á la orilla derecha del Tíber un sepulcro inmenso, que ha venido á ser el castillo de Sant Angelo, y el puente que une esta fortaleza á la ciudad es obra suya.

Finalmente, quiso que su *villa* de Tíber le recordara los monumentos y los sitios que más lo habían impresionado en sus viajes: el Liceo, la Academia, el Pritaneo, el Pecilo, templos, bibliotecas, un teatro, hasta Campos Elíseos y un Tártaro. Era como un museo del mundo; idea feliz que, sin embargo, provenía más bien de un curioso que de un artista, porque muchas cosas eran necesariamente mezquinas. Aquel valle de Tempe, con montañas hechas por la mano del hombre; aquellos monumentos reducidos á humildes proporciones, y reconstruídos lejos del medio material é histórico para el cual se habían hecho, habrían sido un error de gusto, si Adriano envejecido y fatigado, hubiera buscado en su villa otra cosa que el placer legítimo de encontrar allí á cada paso un objeto que despertara en él algún recuerdo de sus buenos años.

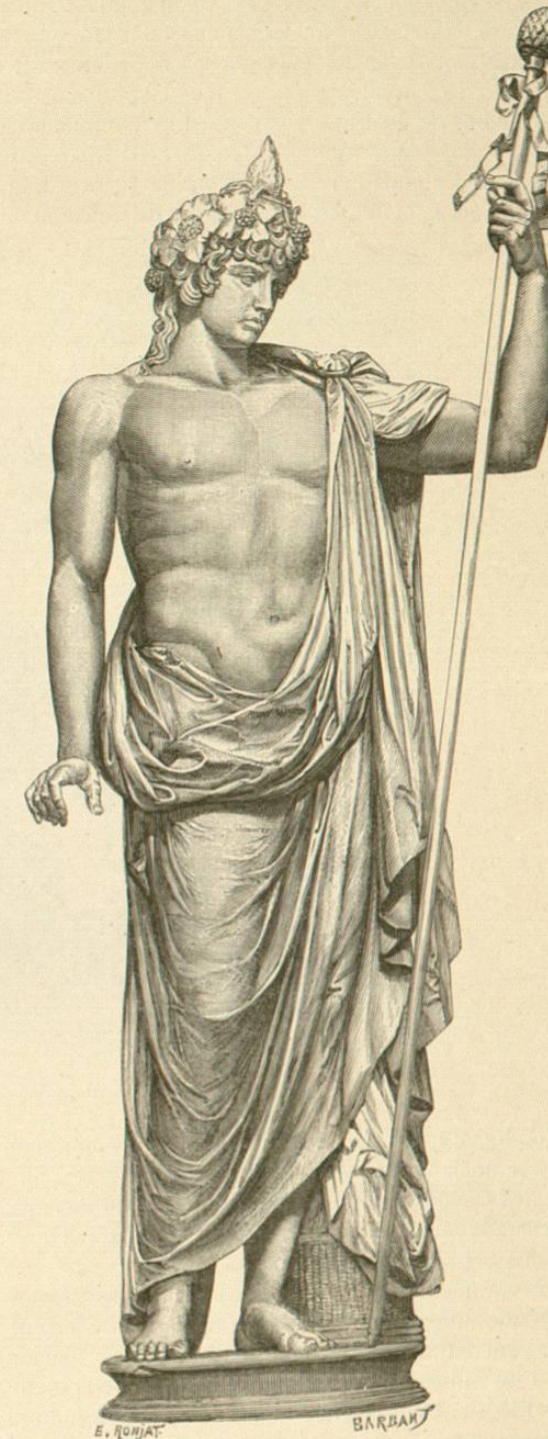
Los romanos hacían grandes cosas y solían gustar de las pequeñas. Léase la descripción que Plinio el Joven nos da de los jardines de una de sus casas de recreo. ¡Cuántas puerilidades! Y en Pompeya ¡cuántas fuentecitas, cuántas grutas de rocalla y conchitas, cuántos jardincitos y arroyuelos que llevan pomposamente el nombre de Euripes!

En este concepto, Adriano fué más romano que ningún

(1) Son las doce que hicieron acuñar medallas con la leyenda *Restitutori*, á saber: Acaya, Africa, Arabia, Asia, Bitinia, España, Galia, Italia, Libia, Macedonia, Frigia y Sicilia. En otras se lee: *Restitutori* ó *Locupletori orbis terrarum*.

(2) Esparciano nos dice que dió curso á las aguas del lago Fucino, ó más propiamente, que restableció el insuficiente emisario abierto por Claudio. Según Pausanias abrió un puerto en la antigua Síbaris, entre Brindis y Hidruntum (Otranto). Una inscripción encontrada en Montepulciano le atribuye la restauración de la vía Casia desde Clusio hasta Florencia (Gruter, CLVI, 2). Otra inscripción, descubierta cerca de Niza, recuerda la restauración de otra vía: *Viam Juliam Aug. a flumine Trebia qua velustate interciderat sua pecunia restituit* (Maffei, Mus. Veron. CCXXXI, 5). Lo mismo en Suesa: *Viam Suesanis municipibus sua pecunia fecit* (Gruter, CLL, 3). En *Cupra maritima* restableció el templo de la diosa del lugar (Orelli, núm. 1852). Los habitantes de Feruli en la Sabina, los de Ostia, Tiano, Sorrento, etc., nos han dejado inscripciones en las cuales dan gracias á Adriano por los beneficios que había dispensado á sus respectivos municipios.

otro y no dudo de que hubiera tenido en su quinta pueriles imitaciones de monumentos famosos y algunos arreglos de terrenos para hacer sitios y ríos célebres, aunque tuviera que representar el Peneo con un hilo de agua. No por eso le hemos de agradecer menos una fantasía que nos ha dado



Antinóo en traje de Baco (3)

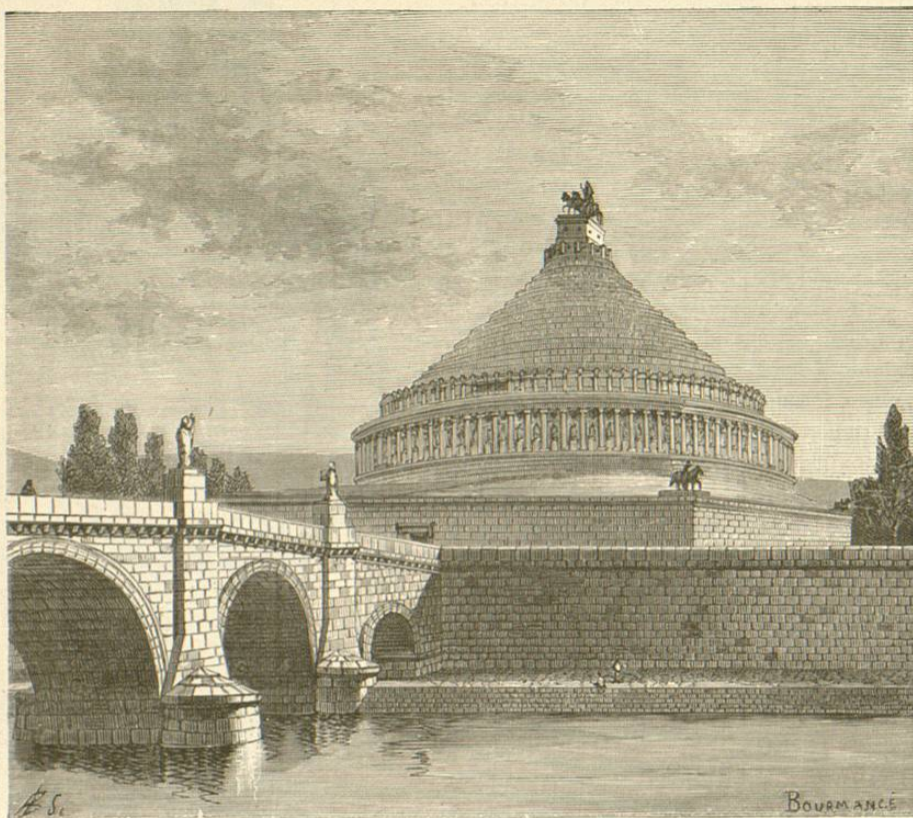
las estatuas, los bajo-relieves, los mosaicos descubiertos en las excavaciones, que hace doscientos años se vienen haciendo en aquella *villa*, cuyas ruinas cubren un espacio de tres millas. Muchos objetos preciosos de los museos de Roma, el obelisco de los Barberini que adorna actualmente el paseo del Pincio (4), se han sacado de esta fecunda mina

(3) Vaticano, *Sala Redonda*, núm. 540.

(4) Este obelisco hubo de ser conducido á Roma, según parece, en tiempo de Heliogábalo, para adornar la *Spina* del circo de los Horti Variani, donde se encontró á principios del siglo XVI.

y la flora de Europa se ha enriquecido con multitud de plantas exóticas, que había sembrado él en sus jardines de Tibur.

Tantos años pasados por el príncipe lejos de su capital, tantos trabajos hechos en Italia y en las provincias á su costa y á su ejemplo, prueban tres cosas que importa notar: la riqueza de las ciudades que podían ejecutar tan numerosas construcciones de embellecimiento ó de utilidad; el buen estado de las rentas públicas, pues el príncipe hacía la mayor parte de esto á sus expensas; la tranquilidad en fin del imperio, donde todo andaba de suyo sin retrasos peligrosos ni sacudidas violentas, ahora navegara Adriano por el Nilo, ahora cazara en las montañas de Caledonia.



Mausoleo de Adriano (1)

gla de conducta; regla que se habían impuesto y aplicaban con perseverancia en beneficio de los pueblos.

En la dedicación de un templo egipcio, se leen estas palabras: «Para la salud del emperador Adriano y para el buen éxito de los trabajos ordenados por él (2).»

Preciso era que el espectáculo de esta laboriosa y fecunda actividad hubiera impresionado singularmente los ánimos, pues encontramos su eco en una fórmula de oración dirigida á los dioses y hasta en una inscripción de la hierofanta de Eleusis: «Yo, la gran sacerdotisa, he iniciado al dueño del mundo, al que ha derramado una onda de oro en todas las ciudades del universo (3).» Cuando Eutropio

(1) Restauración de Vaudremer.

(2) Letron. (*Inscrip. d'Égypte*, núm. 16) toma las palabras τὰ ἔργα en el sentido general que nosotros les damos. Las palabras de Vespasiano, citadas en otro lugar, muestran que estas grandes obras públicas respondían á un sistema bien resuelto de la política imperial.

(3) Villosion, *Mem. de la Acad. de inscrip.* tom. XLVII, p. 330. He aquí la versión de la inscripción citada:

«Madre de Marciano, hija de Demetrio, llamaré mi nombre. Separada de la multitud de los mortales desde el momento en que los hijos de Cécrope me nombraron gran sacerdotisa de Ceres, sepulté mi nombre en las tinieblas del profundo abismo que encierra los misterios impenetrables. No, no inicié yo á los hijos de la espartana Leda, ni

Este orden dependía de la severa disciplina de las legiones, del espíritu de justicia que animaba la administración general, como veremos muy en breve, pero también de la actividad de los trabajos públicos que ocupando multitud de brazos, ahuyentaban el hambre, mala consejera, *male-suada fames*.

Así como hemos encontrado para la política exterior de Adriano un principio de gobierno, la paz armada, encontramos otro para su política interior, el desarrollo de los trabajos públicos. Respecto del primero estaba en desacuerdo con su predecesor; en cuanto al segundo, no hacía más que imitarlo. Los dos, en efecto, fueron grandes constructores, no solamente por gusto personal, sino también por re-

decía de estos príncipes que «cubrían la tierra con sus construcciones,» señalaba una grande idea política y no una pueril satisfacción de vanidad.

### III.—ADMINISTRACIÓN

El mundo no había conocido aún semejante prosperidad. Y gozaba estas riquezas creadas por la industria y el comercio del universo con toda seguridad, porque la ley de lesa majestad no amenazaba ya la vida ni la hacienda de los ricos, y los funcionarios eran severamente vigilados. En los primeros tiempos de Trajano todavía, habían resonado en la curia graves acusaciones, que los diputados de la Bética, del Africa y de la Bitinia venían á sostener ante el senado.

al inventor de aquellos saludables remedios que triunfan de la muerte, ni á aquel valiente Hércules que con tantas fatigas supo triunfar de los doce trabajos que le impusiera Euristeo. Pero he iniciado al dueño de la tierra y del mar, á aquel cuyo imperio se extiende á todas las naciones, al que ha llevado un río de oro á todas las ciudades del universo, y principalmente á la famosa tierra de Cécrope, al emperador Adriano.»

No quiere decir su nombre, porque habiendo llegado á ser sacerdotisa, *hieronyma*, no tenía ya más que el nombre de su cargo, como nuestras jóvenes pierden su nombre de familia al profesar en un convento.

Otra vez se habían visto monstruosas dilapidaciones, la libertad, la vida misma de los caballeros romanos vendidas á precio de dinero. Con un príncipe que dió tres ó cuatro veces la vuelta á su imperio y que en cada provincia permanecía bastante tiempo para oírlo todo con la voluntad de saberlo todo, no eran ya posibles estos crímenes. Hubo, sin embargo, algunas ejecuciones: gobernadores de provincia, intendentes de rentas ó procuradores fueron condenados. Y cuando las víctimas de estos infieles magistrados callaban por temor, el mismo príncipe suscitaba acusadores.

Más valía prevenir que reprimir. Adriano trazó á los gobernadores de provincia reglas invariables. Las leyes, los edictos, los senadoconsultos, los rescriptos de los príncipes formaban una confusión de decisiones á menudo contradictorias; algunas de ellas sólo se aplicaban á casos particulares ó á ciertas provincias.

Por orden del emperador, el pretor Salvio Juliano, uno de los juriscultos cuyas obras sirvieron á los redactores de las Pandectas, tanto como las de Papiniano, reunió los antiguos edictos pretorianos y todos los trabajos hechos sobre la *lex Annua*, que desde muy larga fecha se transmitían los pretores sin cambiar gran cosa; y coordinó las disposiciones que formaron con el nombre ya antiguo de *Edicto perpetuo*, una especie de código de la jurisdicción pretoriana y un reglamento general de procedimientos.

Adriano provocó un senadoconsulto que el año 131 dió fuerza de ley á este nuevo *Edicto perpetuo*. Los pretores, los gobernadores de provincia y todos los magistrados encargados de administrar justicia, debieron conformarse con sus disposiciones, salvo añadir, para las especies nuevas que vinieran á producirse, reglas de forma y artículos accesorios, concebidos en el espíritu de la obra legislativa, cuya autoridad acababan de consagrar el senado y el príncipe. Era la ley sustituyendo á la arbitrariedad, un beneficio seguro á las provincias y la primera edición de aquel gran libro que ha venido á ser el *Cuerpo de las leyes romanas* (1).

No se proponía Adriano detener con esta codificación, como sucedió en otros tiempos y en otros países, la vida jurídica, que había tomado tan alto vuelo. Alentó, muy al contrario, los estudios de los *prudentes*, confirmando con un rescripto la autoridad de sus respuestas oficiales, á las cuales dió fuerza de ley, cuando eran unánimes.

La paz en las fronteras, el orden en las provincias, la economía en el palacio, hasta en el ejército, la justicia en todas partes, en fin la buena política que da buenas rentas, permitieron que el príncipe, sin cargar á los pueblos, embelleciera las ciudades, pensionara literatos y artistas, descargara á los provinciales de los gastos de las postas imperiales y aumentara la asistencia concedida por Trajano á los niños pobres (2).

Pero si quería que el Estado socorriera la miseria ó la desgracia, no estaba por que el contribuyente se hiciera á sí mismo larguezas á costa del tesoro público.

Algunos meses después de su advenimiento quemó todos los créditos del fisco de diez y seis años atrás que ascendían á la enorme suma de doscientos millones de fran-

(1) Godefroy (*Cod. Theod. prol.* p. 283) cree que el Edicto perpetuo de Juliano ha sido la fuente de todo el derecho romano hasta la publicación del Código de Teodosio II. Es también la opinión de Bach (*Hist. jur. rom.* p. 404-442).

(2) Decidió que la pensión alimentaria dejada por testamento á los niños hasta la pubertad se les continuara hasta los 18 años á los varones, y hasta los 14 á las hembras (*Dig. XXXIV, I, 14*). En cuanto á las postas ó correos, antes de Adriano, estaban obligadas las ciudades á tener provistas del material necesario las estaciones ó paradas, *man-siones*, establecidas en su territorio y debían poner caballos y carros á

cos. Semejante número de atrasos haría creer que se había llevado muy mal la administración de rentas del Estado, ó que las guerras de Trajano habían entrampado al pueblo y á las provincias. A fin de prevenir la repetición de tales abusos, creó Adriano un nuevo cargo, el de abogado del fisco, que fué para los intereses financieros del Estado lo que nuestro ministerio público es para los intereses de la sociedad y el respeto de la ley. En cada provincia, el abogado del fisco buscó á los que retenían injustamente una renta ó una tierra del dominio y los persiguió ante el procurador del príncipe ó ante el tribunal del gobernador. Pero puede tenerse la seguridad de que si el nuevo magistrado mostró vigilancia en sus funciones, no se valió de la dureza, pues hubiera obrado contra los deseos del príncipe, que rehusaba las herencias de los testadores que tenían hijos y dejaba á los hijos de los condenados á confiscación una parte de los bienes paternos, y á veces la totalidad, diciendo estas palabras que se leen aún en el Digesto: «Más vale enriquecer al Estado con hombres que no con dinero.»

Era una protesta generosa é inteligente contra el uso de la confiscación, que hemos podido abolir después de diez y ocho siglos de lucha.

Atribúyese también á Adriano una reforma considerable: él hubo de acabar con la hipocresía del gobierno imperial, constituyendo francamente la monarquía; y Aurelio Víctor pretende que la reorganización administrativa que él operó subsistía aún á fines del siglo IV, salvo algunos cambios hechos por Constantino.

En esta opinión demasiado absoluta hay que ver el perseverante recuerdo de la sabiduría de Adriano: es un homenaje prestado al príncipe, que mejor que ningún otro tuvo el sentimiento del orden necesario en todas las partes del Estado. No hizo en el segundo siglo la obra del cuarto; pero la preparó. Sobre esto se conocen dos hechos importantes: reorganizó el *consilium principis*, y quitó los oficios del palacio á los libertos, que desde Augusto, y sobre todo, desde Claudio habían sido los verdaderos jefes de la administración: todos los secretarios del emperador salieron ahora del orden ecuestre. Se puso en los oficios del palacio á caballeros romanos que venían á ser los funcionarios del Estado; y por una consecuencia necesaria, reorganizar las oficinas del gobierno era constituir la casa del príncipe, hasta entonces poco diferente de una rica casa particular, en una grande administración pública.

Esta reforma trajo otra. Obstinándose en vivir lejos de Roma habría paralizado Adriano el movimiento de los negocios públicos, si no se hubiera hecho representar en la metrópoli por un consejo de gobierno investido de una autoridad legal. Augusto había constituido un consejo privado que, si Dion no trasportó al principio del imperio lo que tenía delante de los ojos, estaba ya investido de extensas atribuciones. Pero este consejo parece no haber sobrevivido al primer emperador, á lo menos con el carácter que éste le había dado. En ninguna parte se siente su acción, y lo que subsistía no era más que una reunión accidental y mudable, formada de las amistades imperiales sin elección ni criterio. Adriano lo reconstituyó, pidiendo al senado que

disposición del viajero oficial á la presentación de su diploma ó permiso de circulación; organización que existe aún en Rusia. Parece ser que Adriano sustituyó con un impuesto fijo estas prestaciones eventuales. Antonino disminuyó esta carga y Severo hizo acaso que el fisco soportara una parte; pero después de él todo volvió á quejar á cuenta de las municipalidades. El *cursum publicum* sería pues al gobierno, pero no servía á los particulares. A medida que aumentaba su importancia, el gasto iba pesando más y más en las ciudades y vino á ser una de las causas de su miseria.